

tadas en este contexto las palabras de A. Machado: «¿Tu verdad? No la verdad, y ven conmigo a buscarla./ La tuya, guárdatela».

A Juan XXIII se le atribuye un dicho que encierra una profunda sabiduría para enseñarnos a progresar en la convivencia y a caminar hacia la unidad: «Son más las cosas que nos unen que las que nos separan»; no sólo son más, sino más importantes, porque lo que une son valores esenciales, que tienen su origen y su fundamento en el mismo Dios. Todo lo que separa es fruto y consecuencia de nuestras opciones equivocadas o expresión de nuestro egoísmo, que nos cierra siempre los horizontes hacia los demás. «La unidad de las iglesias no se hace; se descubre» (K. Barth); el principio que Barth ponía como base del ecumenismo cristiano, es también válido para caminar hacia la unidad y la solidaridad con los demás

Una buena parte de la tradición eclesial quizá se ha destacado por una marcada tendencia a acentuar las diferencias, que ha conducido a reafirmar y buscar nuestra identidad a través de los elementos que separan y no a través de los elementos que unen; por eso, más que cristianos hemos sido muchas veces «antijudíos» y más que católicos hemos sido «antiprotestantes». Progresar en la convivencia y caminar hacia la unidad es aprender a buscar y apoyarnos en los valores comunes, saber encontrar nuestra identidad no a través de la negación y la polémica, sino a través de la profundización en los elementos y valores que nos unen a los demás.

4) La pedagogía del diálogo: El diálogo es un valor esencial para las relaciones interpersonales, pero particularmente para aprender a vivir y convivir en una sociedad pluralista. El valor del diálogo, como constitutivo de la misma palabra de Dios y expresión esencial de comunión, podemos decir que ha sido recientemente descubierto y resaltado en la vida y la pastoral de la Iglesia. El Papa Juan XXIII fue quien optó de una forma sistemática y decidida por el diálogo y la apertura; Pablo VI continuó en esa misma actitud y sintetizó pastoralmente la nueva doctrina sobre el diálogo en la encíclica «*Ecclesiam suam*» (1963). Pero podemos decir que fue en el Concilio Vaticano II donde el diálogo se convirtió en una categoría teológica y pastoral esencial para entender la historia de la salvación y la presencia de la Iglesia en el mundo: diálogo entre Dios y el hombre, pero también diálogo de la Iglesia con el mundo, con los no cristianos, con los no católicos y diálogo dentro de la misma Iglesia.

El diálogo tiene una raíz antropológica y teológica; es decir, se fundamenta en nuestro «ser comunión» y en la «comunión de Dios con el hombre» a través de la revelación. Diálogo es «palabra de dos», implica comunión, comunicación, apertura a los demás y aceptación de los demás como valor esencial para nosotros mismos, puesto que no somos seres solitarios, ni estamos destinados a vivir aislados en la soledad, sino que somos seres relacionados, llamados a vivir en comunión y solidaridad. Dios mismo se manifiesta al hombre en un diálogo permanente y la fe sólo se vive adecuadamente como experiencia de diálogo y apertura.

El diálogo no es pues sólo una forma de relacionarnos con los demás, sino una forma de pensar y obrar, un talante y una actitud de vida. Todo diálogo verdadero implica: 1) aceptación de las personas por encima de sus ideas u opciones; 2) capacidad de escucha, e.d. ser «prontos para escuchar y lentos para hablar» (Sant 1,14) o, como dijo Pablo VI, «antes de hablar deberíamos oír la voz y el corazón del hermano»; 3) búsqueda sincera de la verdad, conscientes de que nadie tenemos toda la verdad y todos tienen parte de la verdad, que sólo Dios tiene con propiedad. Por lo tanto, aprender a dialogar es aprender a convivir y a relacionarnos con los demás. Bueno sería en el diálogo aprender a aplicar lo que enseñaba S. Ignacio de Loyola: «Se ha de presuponer que todo buen cristiano ha de estar más dispuesto a salvar las opiniones del prójimo que a condenarlas. Si no puede salvarlas y aceptarlas, esfuércese en entenderlas».

5) La primacía del testimonio: El encuentro con los demás es más real, profundo y constructivo cuando tiene lugar no desde la periferia o la superficie sino desde el centro de nosotros mismos, no desde la teoría o desde las ideas sino desde la experiencia y la vida misma.

El testimonio conlleva coherencia y autenticidad de vida y, cuando se da, nos ponemos en camino hacia la verdad y construimos la unidad, ya que, en definitiva, la verdad es Cristo y la unidad es un don de Dios y es Cristo mismo quien la realiza. Por consiguiente, cuanto más nos acerquemos a Cristo, por medio de una vida íntegra y coherente, por medio de una configuración cada vez más profunda con él, más nos estamos acercando a la unidad querida por él y que todo cristiano está llamado a buscar y construir. «Nosotros no hablamos de grandes cosas, sino que las hacemos», decía de los cristianos a finales del siglo II el escritor Minucio Félix; y de la Iglesia primitiva de Jerusalén, se relata en los Hechos que «vivían unidos, partían el pan por las casas, daban testimonio con valentía y gozaban de la simpatía de todos» (Hech 2, 42-44; 4,33).

Es, por tanto, la vida en autenticidad y profundidad lo que une y el testimonio transparente lo que crea simpatía y lazos de unión y acercamiento a los demás. El día que los cristianos nos parezcamos más a Cristo en nuestras actitudes y nuestro estilo de vida, encontraremos menos barreras para llegar a los demás, y nos sentiremos más solidarios con todos los hombres de cualquier ideología o credo religioso.

Pablo de Tarso, hombre, creyente, apóstol

(Aportación desde el estudio exegético de 2.^a Cor. 1, 3-11)

José-Ignacio Blanco Berga

1.- Introducción

En los últimos decenios venimos asistiendo a una especialización en muchas materias. Si bien es verdad que este sistema ha permitido importantes avances en la investigación, tanto en las ciencias positivas y técnicas como en las ciencias humanas y teológico-bíblicas, no es menos cierto que en estas últimas se ha corrido un riesgo que, en la actualidad, empieza a ser, a nuestro juicio, un peligro real y grave: la atomización de la persona humana.

No es difícil percibir, en un campo tan cercano al dolor humano como es la medicina, un número cada vez mayor de personas que reclama una mayor «humanización» de la atención sanitaria.

La vida pastoral, por otra parte, realizada desde la etapa postconciliar fundamentalmente «por sectores», ha permitido una mayor profundización en la atención e incluso en la profundización del estudio de dichos sectores (catequesis, liturgia, matrimonios, atención a los más necesitados, misas de jóvenes, pastoral de confirmación...). Pero también ha conseguido, en gran parte, «sectorializar» a las personas humanas sujetos y objetos de dicha acción pastoral, formándolas bastante bien en el sector en que desarrollan su acción, pero dejándolas un poco «vacías» en otros ámbitos.

No dudamos que pueda responder a un problema de «coordinación». Pero tampoco dudamos de que las personas humanas, destinatarias del diálogo amoroso que Dios establece con ellas a lo largo de toda la historia de la salvación con su

expresión plena en Jesucristo,³⁴ esas personas y cada una de ellas constituyen una unidad en sí mismas.

Percibir cómo los diversos niveles que configuran nuestra personalidad (biopsíquico, existencial y espiritual) se interaccionan mutuamente permitiendo un «crecimiento armónico» es el intento que ofrecemos en esta pequeña aportación desde el estudio exegético y acercamiento psicológico a un texto genuinamente paulino como es su 2ª Carta a los Corintios, en la cual vamos a ver cómo el crecimiento de San Pablo, uno de los dos grandes y tradicionales «cimientos» de la Iglesia cristiana, se produce mediante un proceso en el cual él mismo nos ofrece las claves de lo que, con Javier Garrido,³⁵ llamamos «personalización de la fe».

Ahorramos al lector el estudio propiamente exegético del texto escogido. Pero ello no quiere decir que nuestra aportación no esté fundamentada exegéticamente.

Ofrecemos, como punto de partida, la traducción del texto analizado que implica ya una serie de estudios previos.

2.- Texto de 2ª Cor. 1, 3-11

³«Bendito sea el Dios y padre de nuestro Señor Jesucristo, el padre de las misericordias y Dios de todo consuelo, ⁴el que nos consuela en toda esta nuestra tribulación, de modo que nosotros podamos consolar a los que están en cualquier tribulación por medio del consuelo con el que nosotros mismos somos consolados por Dios; ⁵es decir, de la misma forma que abundan para con nosotros los sufrimientos de Cristo, así también por medio de Cristo abunda también nuestro consuelo; ⁶si somos atribulados, (lo somos) en beneficio de vuestro consuelo y salvación; si somos consolados, (lo somos) en beneficio de vuestro ánimo (estímulo) que se hace efectivo en el aguantar (paciencia) de los mismos sufrimientos que también nosotros sufrimos. ⁷Y nuestra esperanza es firme en favor vuestro, sabiendo (porque sabemos) que de la misma forma que sois partícipes en los sufrimientos, así también (lo seréis) en el consuelo.

⁸Pues no queremos que vosotros ignoréis, hermanos, acerca de la tribulación nuestra acaecida en Asia, que fuimos abrumados tan por encima de nuestra capacidad (de modo) que llegamos a perder la esperanza incluso de vivir. ⁹Sin embargo, hemos tenido en nosotros mismos la sentencia de muerte para que no confiemos en nosotros mismos, sino en Dios el que resucita a los muertos. ¹⁰El cual nos salvó de tan gran peligro de muerte y (nos) salvará, en el cual hemos esperado y aún (nos) salvará, ¹¹colaborando también vosotros con la oración en favor nuestro para que el don (concedido) a nosotros por causa de muchas personas sea agradecido por medio de muchos en beneficio nuestro».

³⁴ Constitución Dogmática «Dei Verbum» n.º 4. (DV).

³⁵ GARRIDO, J. «Educación y personalización». Ed. Publicaciones Claretianas. Madrid, 1990.

3.- La amenaza de muerte que experimenta Pablo constituye para él una «experiencia fundante» de su confianza y esperanza en Dios

Creemos conveniente advertir al lector dos cosas:

a) Para este tipo de estudio y acercamiento al texto tenemos en cuenta, cuando son los propios personajes bíblicos quienes se expresan, tanto el contenido (lo que dice) como la forma (modo de decirlo) de la información que el autor del texto ofrece. Ambos elementos presentan rasgos e indicios de su personalidad y de la interacción que ellos ejercen en su proceso personal.

b) Nosotros nos hemos basado en un modelo de antropología cristiana cuyos elementos constitutivos son tres:

- Nivel bio-psíquico: es el más externo y en él residen y actúan nuestros deseos, pulsiones, impulsos...
- Nivel existencial: es el intermedio y donde se fragua la libertad de la persona humana frente al mundo, frente a Dios y frente a uno mismo.
- Nivel espiritual: auténtico centro personal donde va configurándose, con ayuda de la Gracia de Dios, la vida teologal (fe, esperanza, amor).

Estos tres elementos constitutivos nos dan paso para explicar en qué consiste una «experiencia fundante» puesto que ésta, como veremos, afecta a la globalidad de la persona humana.

¿En qué consiste una «experiencia fundante»? Garrido,³⁶ a quien seguimos en este apartado, afirma que la fenomenología religiosa sabe que esta experiencia no se define. Por ser experiencia «fontal» se puede percibir y describir por sus efectos: por su carácter totalizante abarca al hombre entero: sensibilidad, inteligencia y proyecto de vida. Vincula el «centro personal», pero no se mide por la intensidad psicológica con que a veces se da (teofanías como la de Moisés y Elías, conversión irruptiva de Pablo...), sino por el cambio radical de sentido que da a la existencia. Este cambio radical no puede traducirse en términos de «iniciática» o mística. Para el N.T. se trata de la condición normal de todo creyente, el liberado de la ley y justificado por gracia, el que conoce la verdad porque la Palabra habita en él, el que ha recibido el Espíritu Santo al creer y ser bautizado en la muerte y resurrección de Jesús.

Lo que pasa es que lo dado ontológica y sacramentalmente no siempre es personalizado vivencialmente.

La experiencia fundante primera, aquélla mediante la cual una persona comienza a fundamentar su vida en Dios, se caracteriza por:

a) Una persona puede tener fe. Con la experiencia fundante uno empieza a ser desde la fe.

³⁶ o.c. pp. 120-122.

c) La persona ha podido tener experiencias internas de encuentro con Jesús; pero la experiencia fundante es la que cambia radicalmente el sentido de la existencia, cuando encontrar es haber sido encontrado.

Algunas de estas experiencias son especialmente significativas: la confianza existencial básica, que se adquiere fundamentalmente, pero no exclusivamente, en la infancia; ser uno mismo; significar para alguien, especialmente a través del amor y del sentimiento de ser útil; la justificación por la fe; el encuentro con Jesús; el amor unificado del Espíritu; la confianza en Dios Padre.

En la experiencia de la confianza en Dios Padre hay que distinguir dos cosas que son distintas: una es el sentimiento psicológico de dependencia de Dios y otra cosa es la experiencia fundante. En el primer caso, lo decisivo es la gratificación de la necesidad de seguridad, es decir, satisfacer en mis relaciones con Dios la necesidad que tengo de seguridad psicológica e, incluso, espiritual. Y no es difícil, cuando observamos la amplia gama de «espiritualidades» existentes en la actualidad percibir que muchas de ellas tratan de satisfacer esta necesidad de seguridad tanto a nivel doctrinal («quiero tener criterios seguros»; «esto es lo que hay que creer»; «si hago esto me salvaré, si no lo hago me condenaré...») como a nivel psicológico (me refugio en un grupo que me protege afectivamente y frente a los peligros del «mundo») como a nivel espiritual (me siento seguro en el cumplimiento de unos ritos culturales...) .

Esta confianza en Dios espiritual se nota por su carácter incondicional y por la síntesis de contrarios que crea.

Estos signos los podemos enumerar más o menos así:

- Las reacciones psicosociales siguen parecidas. La persona es la que se ve distinta por dentro.
- La persona se nota más unificada, más libre, más feliz... Empieza a entender, por experiencia, aquello de que la fe integra y plenifica; pero sin necesidad de «sublimar» lo humano, sintiéndote más hombre que nunca y más finito que nunca.
- La persona descubre la paradoja de confiar en sí misma, de quererse en lo que es y vale y, al mismo tiempo, de no confiar en sus fuerzas: confía en su Señor y Padre.
- La persona se siente reconciliada con su historia. Han desaparecido los fantasmas del yo, de las culpas, del pasado...
- La persona va dando a cada cosa lo suyo. Mayor sensibilidad por las personas: tiene otros ojos, escucha más. La realidad, en su cotidianeidad, aparece con una riqueza siempre renovada.
- El acto de fe tiene otra consistencia, no la de la persona, sino la de la gracia.
- La persona es la misma, con sus miedos y necesidades, pero comienza a conocer una paz transpsicológica que permanece de fondo.
- La persona no ha cambiado a mejor, a nivel de esquemas normativos de perfección. Por el contrario, se ve más pecadora que antes, pero no necesita justificarse.
- Hay inmediatez de confianza en la relación con Dios, ya que no depende de lo que la persona sienta o haga. ¡Él es fiel!
- Todo en la vida de la persona tiene sentido, incluso sus pecados.
- Más responsable que nunca, pero sin ansiedad.
- El amor al prójimo ha comenzado a ser fuente interior en la persona y no un modo de ordenar su vida.

Pablo de Tarso aparece, a lo largo del texto objeto de nuestra consideración, como una persona de temperamento abierto, extravertido, sensible y un poco tendente a la exageración. Esta manera de ser le facilita un comportamiento ministerial de confianza en los miembros de su comunidad. Recordemos en el texto la voluntad de Pablo de comunicar a los Corintios una tribulación que él ha experimentado.

Esta decisión de comunicar su mundo vivencial, tanto de sus sentimientos negativos (miedo) como positivos (experiencia del consuelo), está haciéndole crecer en libertad interior, puesto que prefiere comunicar lo que siente y cómo lo siente antes que «preservar» una imagen de hombre fuerte. Esta voluntad de comunicar su mundo

afectivo, con sus claroscuros, hace que crezca en libertad personal y ministerial, pues el solo hecho de comunicarlo manifiesta su decisión de dominar sus sentimientos y no dejar que sean los sentimientos los que le dominen a él.

En esta línea de no dejarse dominar por las vivencias hay que percibir su voluntad de dar sentido a su sentimiento negativo de desesperación. Este sentimiento es un indicio de temperamento depresivo; pero, encontrando una vía de salida con el sentido que le da, en el ámbito de la fe, está afrontando su propio carácter tendente a la depresión y ésta empieza a dejar de ser una esclavitud para convertirse en motivo de crecimiento psicológico y creyente.

Ahondar en esta decisión de ofrecer a sus destinatarios lo que él ha vivido y cómo lo ha vivido es un rasgo de madurez en sus relaciones interpersonales y ministeriales. En las interpersonales porque acepta a los miembros de su Comunidad como personas iguales a él; en las ministeriales porque les está ofreciendo su experiencia de fe, mediante la cual va transformando su tribulación en un motivo de confianza en Dios y no en sus propias fuerzas. Hoy lo llamaríamos «catequesis desde la experiencia».

Percibimos, al hilo del análisis del texto, que la confianza en Dios y no en las propias fuerzas (expresión de fundarse en la fe) tiene su repercusión en el ámbito psicológico al reducir la intensidad de la angustia, la cual ha desaparecido casi por completo en la primera parte del texto (v. 4), donde la nombra solamente para reconocer que Dios nos consuela en toda tribulación.

Esta confianza en Dios, manifestada a los Corintios como consecuencia de su experiencia personal, tiene otra implicación ministerial: afirmar su confianza en que el Dios de Jesucristo resucita a los muertos. De esta forma, además de estar alentando a sus destinatarios a confiar en el Dios de Jesucristo, está manifestando un elemento esencial (si no el más esencial) de la fe cristiana: la resurrección de los muertos como respuesta positiva, de amor, por parte de Dios hacia los hombres.

Esta confianza en Dios que él ha experimentado y cuyo efecto perdura³⁷ va creando en Pablo afectos permanentes, que son signo de que esa experiencia es fundante para él en un punto clave para el proceso de madurez creyente: la confianza en Dios Padre.

Mediante la narración de su proceso, por otro lado, Pablo explicita la estrecha conexión existente entre la experiencia de haberse sentido salvado por Dios y el progreso de su esperanza en la misma Persona por quien se sintió salvado. En este proceso está manifestando el dinamismo humano y creyente de la confianza: sólo es objeto de confianza aquella persona que, gratuitamente, me ha ofrecido muestras de que es digna de confianza. En este caso concreto, Dios ha mostrado esta capacidad salvando a Pablo; y su confianza en Él ahora es duradera.

³⁷ El texto griego utiliza la expresión «pepoízotes men», participio perfecto del verbo «peízo». Es cualidad del perfecto griego expresar una acción realizada en el pasado y cuyo efecto perdura en el presente. BLASS, F.-DEBRUNNER, A. «*Grammatica del griego del nuevo testamento*». Paideia Editrice. Brescia, 1982. §340. 6